PLAN DE VERACRUZ

ITURBIDE estaba tan engreído en su situación y con su aparente popularidad, que no se dió cuenta de cómo se iba minando su prestigio. Tuvo la sorpresa de que aquellos elementos, al parecer más adictos, lo desconocieran con algún pretexto. El descontento que se había venido fomentando desde las dificultades con el Congreso Constituyente, llegó a su culminación cuando éste fué disuelto, y dió con ese acto el arma más poderosa a sus contrarios. Algunos republicanos sinceros, otros como antiguos insurgentes y elementos de alta significación en el Ejército, encontraron causas suficientes con motivo de la disolución del Primer Congreso Constituyente ordenada por Iturbide, para sublevarse y desconocer su gobierno. Esas sublevaciones lo llevaron a la derrota y al desprestigio; lo obligaron a hacer papeles desairados y a veces lastimosos, porque en el proceso de los acontecimientos, no sólo acabó con su fuerza militar, sino que deshizo por sí mismo toda su actuación de estadista, incurriendo en frecuentes contradicciones y encerrándose en un círculo vicioso, del que no tuvo más salida que la abdicación y el destierro.

Don Antonio López de Santa Anna, que en un tiempo fuera admirador y al parecer un adicto incondicional de Iturbide, fué el que inició el movimiento rebelde organizado. Al recibir órdenes de Iturbide para que se trasladara a México, dejando el mando de fuerzas que se le tenían confiadas en Jalapa, Santa Anna se decidió a insubordinarse, y después de una marcha violenta llegó a Veracruz, en donde se puso de acuerdo con los jefes de corporaciones, con el Ayuntamiento del Puerto y con la Diputación Provincial, formulando el Plan de Veracruz que está firmado el 6 de diciembre de 1822 y cuyo encabezado era el siguiente: "Plan

o indicaciones para reintegrar a la Nación en sus naturales e imprescriptibles derechos y verdadera libertad de todo lo que se haya, con escándalo de los pueblos cultos, violentamente despojada por don Agustín de Iturbide, siendo esta medida tan de extrema necesidad, que sin ella es imposible que la América del Septentrión pueda disfrutar en lo venidero una paz sólida y permanente."

La conducta de Santa Anna en este punto es muy discutible, y algunos aseguran que procedió sin saber ni lo que hacía y que habló del establecimiento de la República, según su propia confesión, ignorando en qué consistía esta forma de gobierno; pero tuvo la fortuna de encontrar algunos colaboradores inteligentes entre algunos letrados que residían en el Puerto y, además, don Guadalupe Victoria, que había permanecido oculto en la región, se le incorporó, y como había sido perseguido por Iturbide, tenía gran prestigio entre los elementos de oposición.

Santa Anna explica este proceder. en sus propias Memorias, en estos términos: "Su Majestad Imperial, sabiendo que no había sido de los adictos a su Corona, me destituyó de todos los mandos y dispuso mi translación a la Capital, faltando hasta a los usos más comunes de urbanidad. Golpe tan rudo lastimó mi pundonor militar y quitó la venda de mis ojos. Ví el absolutismo en toda su fuerza y me sentí luego alentado para entrar en lucha con él."

En las aclaraciones consecutivas al Plan de Veracruz, se trató explícitamente de lo relativo al Congreso disuelto, diciendo que aquél tenía el voto general de la Nación, que había proclamado en todas las provincias el sistema republicano que fija el gobierno de todos y cada uno de sus miembros sin vincularlo a una autoridad absoluta, y que él —Santa Anna— en nombre de la Nación, ha hecho proclamar el gobierno republicano bajo las circunstancias que lo establezca después una Asamblea de representantes.

De todos los manifiestos y proclamas de la época, es el Plan de Veracruz el que contiene explícitamente la idea republicana y el que se decidió a lanzar cargos muy duros a Iturbide, acusándolo de que "ha infringido el Plan de Iguala y los Tratados de Córdoba; que ha llenado de males a la Nación, obstruído el comercio, paralizado la agricultura, arruinado la minería, perse-

guido a los diputados y ocupado los caudales," y que es muy costoso sostener el trono y que, por lo mismo, se proponen "reunir un Congreso bajo las reglas que fijan los publicistas, para que aquella Asamblea, libre y espontáneamente, constituya la forma de gobierno más conveniente y análoga a este país, y que sus diputados, sin restricciones, como verdaderos representantes de la Nación, formen una Constitución justa, benéfica y sabia, bajo las apreciables bases de Religión, Unión e Independencia."

Asienta, además, que ese Congreso premiará a Iturbide como sea debido, y concluye exhortándolo a que renuncie para que no se exponga tal vez a la muerte.

Este Plan de Veracruz hubo de conciliarse con las modificaciones propuestas por los demás jefes adheridos al movimiento; pero a la postre fué el que se puso en práctica.

DON NICOLAS BRAVO Y DON VICENTE GUERRERO SE SUBLEVAN CONTRA ITURBIDE

Estos dos caudillos insurgentes de gran valer y de reconocida probidad, sirvieron de escalón a Iturbide para la realización de sus planes. Una vez que tuvo lugar la entrada del Ejército Trigarante, no volvió a tomarlos en cuenta ni a darles mayor participación en la cosa pública. Cuando muchos pensaban que eran los más indicados para formar parte de la Junta Provisional de Gobierno, sucedió que se les postergó sin miramientos. Habían dado cuanto podían al afortunado caudillo trigarante, quien los echó en olvido, y con esta falta de tacto político, contribuyó Iturbide a fomentar, en mayor grado, la poca simpatía de que gozaba entre los antiguos elementos insurgentes.

Guerrero y Bravo lanzaron un Manifiesto a la Nación, en Chilapa, el 13 de enero de 1823. Después del Plan de Veracruz, fué el documento público más importante, porque eran muy queridos del pueblo de sus regiones y porque entre políticos y militares, tenían una gran simpatía estos dos generales surianos, y se dió un gran paso en el movimiento en contra del Imperio de don Agustín de Iturbide.

Decían en el Manifiesto: "La restitución de los derechos de

libertad de la Nación, que con escándalo del mundo ha usurpado don Agustín de Iturbide, es lo que perseguimos. Penetrados de los clamores con que la Nación reclama y suspira por su libertad, tenemos hoy la noble osadía de negar obediencia al que se nombra Emperador, porque ha faltado a sus compromisos, porque siendo nulo, como es, el acto y forma de su proclamación, no estamos dispuestos a sostenerlo." Y hablaban más adelante de la restitución del Congreso Constituyente, y al final decían: "No queremos guerra, pero la declaramos a los que quieren subyugarnos."

Guerrero y Bravo, depositarios de la herencia de los insurgentes y representativos de sus tendencias, se dieron cuenta tardíamente de su equivocación al reconocer la jefatura de don Agustín de Iturbide, ya que estuvieron muy lejos de imaginar hasta dónde llegarían las ambiciones de éste. Vieron claramente que los nobles anhelos y las aspiraciones anónimas de todo un pueblo, estaban siendo frustradas en México entre maquinaciones cortesanas y política absolutista; reasumieron su carácter de viejos guerreros del pueblo, para vindicarse ante sí mismos y señalarles a los que antes los habían seguido en la lucha, el camino de la Revolución en contra de las mismas clases privilegiadas y de un nuevo trono menos consistente y menos arraigado en la conciencia nacional que el antiguo trono de España, a fin de que se librara al país de la nueva tiranía.

Tanto Guerrero como Bravo habían sido en algún momento amigos de Iturbide, deslumbrados con el esplendor del triunfo y con las promesas de que se consumaría la Independencia de México sin más efusión de sangre; después comprendieron que habían caído en una celada y que Iturbide, lejos de constituirse como un monarca moderado y respetuoso de la Constitución, como había protestado serlo a raíz de su reconocimiento y su coronación, iba derecho hacia el absolutismo; y por eso no creemos que haya lugar para que se censure a estos dos caudillos eminentes, pues si tuvieron fe en la palabra de Iturbide, al no cumplirla éste, ellos tenían todo su derecho para no desmentir su actuación y su historia de hombres vinculados con las aspiraciones populares.

EL PLAN DE CASA MATA

Al saber Iturbide la sublevación de Guerrero y de Bravo, y tener conocimiento de la promulgación del Plan de Veracruz, mandó fuerzas numerosas a combatirlos. El encargado de la campaña contra Bravo y contra Guerrero fué activo y diligente, y habiéndolos derrotado, estuvo a punto de capturarlos; pero como el núcleo más importante y que estaba respaldado por autoridades legales, era el de Veracruz, hacia allá se dirigieron los principales esfuerzos, enviando como jefes de esa columna a los militares de mayor confianza y pericia reconocida, como Echávarri, Lobato y algunos otros que habían militado a sus órdenes.

Santa Anna sufrió un gran desconcierto. Estuvo a punto de abandonar la defensa de Veracruz por algún descalabro sufrido en Puente del Rey, teniendo intenciones de abandonar la causa o de entrar en pláticas de rendición; pero don Guadalupe Victoria, que después de largo receso de actividades se había incorporado a la causa con un gran optimismo y con los anhelos de que se librara al país de la dominación iturbidista, pudo convencer a Santa Anna de que le confiara la defensa de los lugares más difíciles y peligrosos, ganando tiempo con algunos preparativos de fortificación del Puerto, y moralizando a su gente con el entusiasmo de la buena causa.

Las fuerzas expedicionarias encargadas de la toma de Veracruz, se dieron cuenta de que la acción era difícil, peligrosa y perjudicial para los grandes intereses de todo género, que estaban reconcentrados en Veracruz. Tras el asedio de algunos días y con el consejo de algunos políticos y hombres de letras, se logró establecer alguna corriente de comunicación entre sitiadores y sitiados, quienes hicieron ver a los iturbidistas, que estaban sirviendo en una causa poco noble y que debían redactar un plan de acción común, a fin de darle una lección al Emperador por sus inclinaciones al absolutismo, demostradas con motivo de la prisión de los diputados y de la disolución del Congreso. Después de pláticas preliminares y de entenderse sobre el punto capital, sitiadores y sitiados, se formuló un Plan que se llamó de Casa Mata, en el que quedaron envueltos algunos conceptos contradictorios: se reconocía en él al Imperio y se trataba con muchas consideraciones a